

La muerte del gaucho

Un cabañista uruguayo á quien preguntamos si aun era muy predominante en su país el elemento gaucho, nos dió esta contestación extraña:

— Sí; todavía hay allí muchos caballos.

Y como le pidiésemos que aclarara el concepto, habló de este modo:

— Suprimido el caballo, se suprime el gaucho. ¿Quién concibe un gaucho á pié?... Sus cualidades distintivas desaparecen, pues aun cuando su temperamento siga siendo el mismo, no puede exteriorizar las modalidades que lo singularizan. A pié, el gaucho se convierte en un hombre como todos los demás; deja de ser gaucho, porque pierde la libertad de vagabundear, porque se ve obligado al arraigo. Los alambrados comenzaron á matar el ganchaje y la merma creciente del ganado caballar continúa la obra. En nuestro país todavía se pue len adquirir caballos por dos ó tres pesos oro; de modo que hasta el peoncito más infeliz tiene su « propio » y mientras le tiene es libre, es gaucho.

Si es sólo, el día que el patrón le fastidia permitiéndose una reprimenda demasiado áspera ó imponiéndole un servicio que no le agrada, ensillará su caballo y se marchará, tranquilo, sin preocupaciones, sabiendo que no falta carne en los ranchos ni sitio en los galpones para que coma y duerma el forastero que va en busca de colocación. Andará diez leguas, veinte, cien si es necesario, ¿que le importa?...

Si es puestero y tiene familia se irá lo mismo; que para eso la « patrona » tiene su manecarrón y los muchachos sus petizos. La conducción del equipaje no le preocupará; en un par de maletas cabe todo. El abandono de su casa tampoco; nunca construyó con ánimo definitivo y, además, terrón, paja brava y cuatro palos para levantar otra covacha, se encuentran en todas partes. Nada queda amarrando la vida al lugar, porque él nunca plantó un árbol ni su mujer un rosal. El gaucho odia al árbol porque el árbol es esclavo,

porque el árbol no puede irse cuando el viento lo insulta y lo castiga.

Por otra parte, la casa no es otra cosa que el refugio, la cueva donde el gaucho duerme y abriga á su prole; las diversiones están afuera, en la pulpería, á donde su caballo lo lleva de un galopito.

Suprimale Vd. el caballo y el gaucho se verá obligado á dominar su soberbia, á tener un poco de previsión, á ahorrar, á preocuparse del embellecimiento y confort de la casa donde tendrá que pasar sus ocios; es decir, á ser y á vivir como son y viven los gringos.

¿Y el malevaje?... ¿Y la guapeza?... Hacer un difunto no cuesta mucho; pero luego hay que huir, hay que burlar á las policías, hay que carnear en el campo y nada de eso se puede hacer de á pié...

Luego viene lo más importante; las revoluciones. Un gobernante de mi país tuvo la idea de castigar con un crecidísimo impuesto á la raza caballar, pensando que de ese modo reduciría las probabilidades de alzamientos revolucionarios. Los periódicos rieron mucho de la ocurrencia; pero yo creo que el tal gobernante no andaba desacertado. Creo que si aquí, en la Argentina, se han hecho imposibles las revoluciones, — me refiero á las « revoluciones en campaña », las que duran meses de duelo y de ruina, — se debe principalmente al perfeccionamiento, al encarecimiento del caballo, que, si aumenta como máquina industrial, disminuye como vehículo.

Creemos que nuestro informante estaba en lo cierto.

— ¡Cómo quiere que me vaya! — decía « El Chacho » huido. En Chile ¡y á pié!

Como decir: ¡Muerto!

La desaparición de los caballos implica la desaparición del gaucho, su transformación radical. El instinto perdurará, pero impotente; y al cabo de un par de generaciones los descendientes de los centauros no sabrán montar á caballo.

Buenos Aires, 1909.

Javier de Viana.